

LA CRUELDAD POR EL HONOR.

PERSONAS.

PEDRO RUIZ DE AZAGRA, <i>galan.</i>	BERENGUEL, <i>galan.</i>	NUÑO AULAGA, <i>viejo grave.</i>	INES, <i>criada de Teresa.</i>
SANCHO AULAGA, <i>galan.</i>	EL PRÍNCIPE DON ALFON- SO, <i>niño.</i>	ZARATAN, <i>gracioso.</i>	MOLINA, <i>valenton.</i>
DON RAMON, <i>galan.</i>	EL CONDE DE URGEL, <i>viejo.</i>	LA REINA PETRONILA, <i>dama.</i>	VERA, <i>valenton.</i>
EL SEÑOR DE MOMPE- LLER, <i>galan.</i>	BERMUDO, <i>viejo grave.</i>	DOÑA TEODORA, <i>dama.</i>	UN TROMPETA.
		TERESA, <i>dama.</i>	UN SECRETARIO.
			ACOMPAÑAMIENTO.—SOLDADOS.

La accion pasa en Zaragoza y otros puntos.

ACTO PRIMERO.

Monte.

ESCENA PRIMERA.

ZARATAN, *de caza, cojeando.*

¡Ay! Doy al diablo la caza;
Que él sin duda la inventó.
¡Ay! ¡Qué pudiéndola yo
Cómodamente en la plaza
De Zaragoza escoger,
Sin arriesgar por seguilla
Un cabello, una rodilla
Me venga al campo á romper!
¡Que tan á costa y despecho
De su descanso, á la sierra
Se parta un hombre á dar guerra
A un gazapo! ¿Qué me han hecho
Las liebres y los conejos?
Como mujer es quien da
En cazar, que á misa va
Siempre á la iglesia más lejos.
Pues si la caza se estima
Por ser viva imitacion
De la guerra, esa razon
La condena; que la esgrima
A las pendencias imita,
Y se ve ordinariamente
Que en la blanca no es valiente
Quien más la negra ejercita;
Y quien más use en la sierra
Seguir el bruto cobarde,
Confio menos que aguarde
A un enemigo en la guerra;
Que enseñarse á la conquista
De quien no sabe aguardar,
Es enseñarse á extrañar
Enemigo que le embista.
Dirá alguno: « Esa razon
Cesa en la caza del oso,
Que aguarda y es animoso,
Y mata de un pescozon. »
Yo digo que es loco error,
Por sólo gusto, arrojar
Donde puede ser ahogarse
El más diestro nadador;
Que si me arriesgo en la sierra
A morir por enseñarme,
¿ Pueden á más condenarme,
Si voy bisoño á la guerra?

ESCENA II.

NUÑO, *de peregrino, bien tratado.*—
ZARATAN.

NUÑO.
Dalde por Dios, caballero,

A este peregrino...

ZARATAN.

Bien
Manifiesta serlo quien
No ve que soy escudero.
Mas, decidme: ¿ en el olor
A un pobre no conocéis,
Que me pedis? Si quereis
Que con vos parta el dolor
Esta pierna, que en el choque
De una peña me mostró
Cuánto con Dios mereció
La rodilla de san Roque,
Tanto dél os puedo dar,
Que claudicante quedeis;
Y hacerme merced podeis,
Pues que no os ha de estorbar,
Aunque al patron galiciano
Os destineis, peregrino,
Puesto que anda en su camino
Tanto el cojo como el sano.

NUÑO.

¡Ojalá posible os fuera
Partir conmigo el dolor,
Pues fuera en ambos menor,
Si en los dos se dividiera!
Si no teneis con que hacer
La limosna que he pedido,
No importa; que no la pido
Por haberla menester,
Sino porque mendigar
Prometi.

ZARATAN.

¡Gracias á Dios,
Que he visto un mendigo en vos,
Que pida sin porfiar!

NUÑO.

No solo no os he de ser
Importuno; mas me atrevo
A partir de lo que llevo,
Si dello os quereis valer.

ZARATAN.

¿ De dónde vino á Aragon
Tan liberal peregrino?

NUÑO.

De la Tierra Santa vino
A visitar al patron
De España.

ZARATAN.

¿ Sois español?

NUÑO.

En el reino donde el pié
Estampo agora, gocé
La luz primera del sol;
Y despierta esta ocasion
En mi un natural cuidado
De escucharos el estado

De las cosas de Aragon.

ZARATAN.

Todo en discordias se abrasa...
Pero mi dueño es aquel,
Y podréis saberlo dél,
Porque por sus manos pasa.

NUÑO.

¿ Y quién es?

ZARATAN.

Es quien consagra
A la fama en las historias
Con su valor mil victorias;
Es Pedro Ruiz de Aragon,
Señor de Estela y señor,
Si méritos dan justicia,
Del mundo.

NUÑO.

Larga noticia
Tengo de su gran valor.
Mas mientras llega, decid:
¿ Quién florece en la opinion
De las armas de Aragon?

ZARATAN.

Sancho Aulaga es nuevo Cid.

NUÑO. (Ap.)

¡ Ay, hijo de mis entrañas!

ZARATAN.

Y es de suerte, que el Valiente
Le llaman públicamente
Las gentes propias y extrañas;
Y á ser por su nacimiento
Más alto, fuera el mayor
De Aragon.

NUÑO.

(Ap. Vuestro valor
Anima, Sancho, mi intento.
Nuño Aulaga, vuestro padre,
Hijo, os viene á levantar
Hoy al cielo, y á vengar
La afrenta de vuestra madre.)
¿ No es hijo ese Sancho Aulaga
De un Nuño Aulaga, á quien muerte,
Al lado de Alfonso el Fuerte,
Dieron los moros en Fraga?

ZARATAN.

Ese mismo.

NUÑO.

Y ¿ qué se ha hecho
Su madre?

ZARATAN.

Doña Teodora,
Madre de Sancho, hasta agora,
Por no haberse satisfecho
Si su esposo es muerto ó no,
Seglar vive en un convento,
En cuyo recogimiento

Nuño Aulaga la dejó
Cuando á la guerra partia.
Nuño. (Ap.)
¿Que aun vives, mujer infame?
Querrá el cielo que derrame
Tu sangre en venganza mia.

ESCENA III.

PEDRO RUIZ, de caza.—Dichos.

PEDRO.
(Ap. El divertirme atormenta
Más el alma enamorada,
Como la cuerda apartada
Vuelve al arco más violenta.)
Zaratan...

ZARATAN.
Señor...

PEDRO.
Rendido
De correr deo el caballo.

ZARATAN.
Mientras voy á paseallo,
Quedarás entretenido
Con este honrado romero,
Que desde la Tierra Santa
Mueve la devota planta
A ver al patron lucero
De Galicia; y yo me obligo
A que te ha de entretener,
Porque es viejo sin toser,
Y sin porfiar mendigo.

PEDRO.
Su aspecto da á su persona
Clara recomendacion.
(Vase Zaratan.)

ESCENA IV.

PEDRO RUIZ, NUÑO.

PEDRO.
¿De dónde sois?
Nuño.
De Aragon
El reino ilustre corona
La ciudad que es patria mia.

PEDRO.
¿Cuánto há que á Jerusalem
Pasastes?

NUÑO.
Canas se ven
Donde juventud lucia
Cuando de aquí me ausenté:
Ventiocho inviernos han dado
Hielo al rio y nieve al prado
Después que al Asia pasé.

PEDRO.
¿Luego bien sabréis lo cierto
De una dudosa opinion,
Que divulga en Aragon
Que está en el Asia encubierto
El rey don Alfonso, aquel
Que habrá esos años sitió
A Fraga, y que se perdió
En la batalla cruel
Que tuvo allí con el moro?
Pues como no pareciese
Vivo, ni muerto pudiese
Hallarse, aunque un gran tesoro
Por él su reino ofreció,
Se dijo que despechado,
Corrido y avergonzado,
Ocultándose, pasó
A Jerusalem; y es cierto,
Si esto es verdad, pues há tanto
Que estáis en el suelo santo,
Que no se os habrá encubierto.

NUÑO.
Yo, señor Pedro Ruiz,
Sé del caso la verdad,
Porque con su majestad
Me hallé en la guerra infeliz
De Fraga; y si de sabella
Os solicita el cuidado,
Desta corona el estado
Me decid, en cambio della.
Y no os canséis de que intente
Alcanzar este favor;
Que de la patria el amor
Provoca naturalmente.

PEDRO.
Daros ese gusto quiero;
Que puesto que me cansara,
A mayor precio comprara
Lo que escucháros espero.—
Perdido el rey don Alfonso,
Después de estar desconformes
Los grandes, se coronó
Su hermano Ramiro el Monje,
Que á la sazón era obispo
De Barbastro; y porque estorbe
Las discordias de Aragon
Con dichosos sucesores,
Dispensó, á instancia del reino,
El Pontífice, y casóse
Con la hermosa doña Inés,
Hermana de Guillen, conde
De Potiers, viéndose junto
En solo un sugeto entonces
Ser sacerdote y ser rey,
Obispo, casado y monje.
Tuvo una hija heredera,
Petronila, cuyas dotes,
Siendo gloria de Aragon,
Son admiracion del orbe.
Dióla, entre mil pretendientes,
Por esposa á Ramon, conde
De Barcelona; y cansado
Del tumulto de la corte,
De las armas y los años,
El monje Rey, retiróse
A la iglesia de San Pedro,
Que en Huesca ilustró, con órden
De que á su yerno obedezcan,
Sabio si valiente jóven.
Murió Ramiro; y agora,
Cuando esperanzas mayores
Daba que Alejandro al mundo
Ramon, al pié de los montes
Alpes, pasando á Turin,
De la muerte al fiero golpe
Dió, con el fin de su vida,
Principio á mil disensiones;
Que aunque á su hijo, el mayor
De tres que dejó varones,
La sucesion por derecho
De la corona le toque,
El ser niño y ser su madre
Moza y hermosa, corrompe
Los ánimos más leales
Con diversas pretensiones;
Que unos de ambicion vencidos,
Otros heridos de amores
De la Reina, otros leales
A su heredero, se oponen
Entre sí, y el reino todo,
Partido en bandos discordes,
Corre á su fatal ruina
Si el cielo no le socorre.
Este es en suma el estado
De Aragon, este el desórden
Que ya ambicion y ya amor
Engendra en los pechos nobles;
Y ¡ojalá quisiera el cielo
Que las nuevas que disponen
Darme vu estros labios, diesen
Fin á cosas tan atroces,
Viviendo el anciano Alfonso;

PEDRO.
Engañaisos; que yo solo,
Cuando en su defensa tome
Las armas, basto á enfrentar
Los ánimos más feroces;
Y de mi parte heredé
De servirle obligaciones,
Que sus mercedes publican
Y mi pecho reconoce.

NUÑO.
Pues, Azagra, Alfonso vive.
PEDRO.
¿Qué decis!
Nuño.
Que España esconde
Su persona; y si ese brazo
En su favor se dispone,
Y me haceis pleito homenaje
De cumplillo, os diré dónde.

PEDRO.
Veis aquí mis manos: hago,
(Pone las manos juntas Pedro Ruiz en
tre las de Nuño.)
Como caballero noble,
Pleito homenaje de ser,
Si todo el mundo se opone,
Vasallo leal de Alfonso,
Y hacer que su reino cobre.

NUÑO.
Pues, Pedro, yo soy Alfonso.
PEDRO.
¿Vos?
Nuño.
Yo soy: si mis facciones
No reconocéis, por ser
Vos, Pedro Ruiz, tan jóven,
Que érades pequeño infante
Cuando destos horizontes
Me ausenté, clara probanza
Podeis hacer cuando importe;
Que ancianos hombres tendrá
El reino que me conocen.

Pues aunque su edad estorbe
Del brazo los fuertes bríos,
Trajera á la obscura noche
De Aragon sol su prudencia,
Su valor freno á los nobles,
Sus canas respeto, y paz
Su amor á estas disensiones.

NUÑO.
(Ap. La ocasion me da el cabello
Comiencen mis invenciones;
Que si solo por reinar
Hay disculpa en ser traidores,
No es mucho que una corona
Y una venganza os provoquen,
Nuño, á mayores engaños,
Si los puede haber mayores.
La noticia de secretos
De Alfonso, y de sus facciones
La semejanza, que á muchos
Ha engañado, y de los nobles
La division, y de Alfonso
La memoria, ya en los hombres
Borrada del tiempo largo,
El efeto me disponen.
Animo pues; que fortuna
A los osados socorre.)
Gran Pedro Ruiz de Azagra,
Si viviera y á la corte
De Aragon volviera Alfonso,
Cuando divididos rompen,
A varios fines atentos,
La ley de lealtad los nobles,
No solamente recelo
Que no hallara quien apoye
Su parte, pero causara
Más graves alteraciones.

PEDRO.
Mis brazos es bien que os honren,
Pues de los vuestros espero
Que en mi trono me coloquen.
ZARATAN. (Ap.)
¿Con qué respeto lo abraza!
Nuño.
Agora resta dar órden
De vencer dificultades
É impedir alteraciones.
PEDRO.
En mi tierra habeis de estar
En un castillo, de donde
Las voluntades probeis,
Conozcais las intenciones
De los poderosos, antes
Que entreis, señor, en la corte;
Y dejad á cargo mio
Lo demas.

NUÑO.
De vuestro nombre
Ha de sonar la grandeza
Desde el sur á los triones:
Vos habeis de ser el Rey.
PEDRO.
Permitidme pues que goce
De esa liberalidad;
Y pues á quien se dispone
A perder por vos la vida
La podeis dar, no os enoje
Que os pida aquí la palabra
De una merced, con que borre
De cuanto espero serviros
Las justas obligaciones.

NUÑO.
Pedid, pedid, si podeis
Pedir á quien reconoce
Que debe lo que ha de daros
A esos brazos vencedores.
PEDRO.
Vuestra sobrina, señor,
Petronila, cuyos soles,
Cuanto con rayos abrasan,

NUÑO.
Pedid, pedid, si podeis
Pedir á quien reconoce
Que debe lo que ha de daros
A esos brazos vencedores.
PEDRO.
Vuestra sobrina, señor,
Petronila, cuyos soles,
Cuanto con rayos abrasan,

NUÑO.
Pedid, pedid, si podeis
Pedir á quien reconoce
Que debe lo que ha de daros
A esos brazos vencedores.
PEDRO.
Vuestra sobrina, señor,
Petronila, cuyos soles,
Cuanto con rayos abrasan,

Y por agora este sello (Muéstralo.)
Y esta sortija os informen;
Testigos que he reservado
Para tales ocasiones:
Demas que el atrevimiento
De aspirar al regio nombre
Es testimonio á quien ceden
Las demas informaciones;
Pues solo puede emprender,
Con peligro tan enorme,
La locura ó la verdad
Tan altivas pretensiones.

PEDRO.
Esa es la mayor probanza,
Fuera de que los pintores,
Que á las injurias del tiempo
Y del olvido le oponen
En casi vivos retratos,
Casi animados colores,
Me han informado de vos;
Y aunque las canas lo estorben,
En lo demás son las señas
De vuestro rostro conformes;
Y no me engañan del alma
Los afectos y pasiones,
Que alegres naturalmente,
Por su rey os reconocen.
Dadme la mano. (Arrodillase.)

ESCENA V.

ZARATAN.—Dichos.

ZARATAN. (Al niño.)
¿Qué miro?
Nuño.
Mis brazos es bien que os honren,
Pues de los vuestros espero
Que en mi trono me coloquen.

ZARATAN. (Ap.)
¿Con qué respeto lo abraza!
Nuño.
Agora resta dar órden
De vencer dificultades
É impedir alteraciones.

PEDRO.
En mi tierra habeis de estar
En un castillo, de donde
Las voluntades probeis,
Conozcais las intenciones
De los poderosos, antes
Que entreis, señor, en la corte;
Y dejad á cargo mio
Lo demas.

NUÑO.
De vuestro nombre
Ha de sonar la grandeza
Desde el sur á los triones:
Vos habeis de ser el Rey.
PEDRO.
Permitidme pues que goce
De esa liberalidad;
Y pues á quien se dispone
A perder por vos la vida
La podeis dar, no os enoje
Que os pida aquí la palabra
De una merced, con que borre
De cuanto espero serviros
Las justas obligaciones.

NUÑO.
Pedid, pedid, si podeis
Pedir á quien reconoce
Que debe lo que ha de daros
A esos brazos vencedores.
PEDRO.
Vuestra sobrina, señor,
Petronila, cuyos soles,
Cuanto con rayos abrasan,

Ilustran con resplandores,
Es un adorado Argel,
Donde entre mil corazones
Soy más que todos cautivo.
Bien sabeis que los señores
De Estela en España toda
Superior no reconocen;
Porque el servir á los reyes
De Aragon no los deponen
Desta honrosa dignidad,
Pues el seguir sus pendones
Es voluntad, y no fuerza;
Y siempre que la revoquen
Y que su fuero renuncien,
Gozarán sus exenciones.
Hacedme pues venturoso
Con tan dichosa consorte,
Pues con premiar mis servicios
Redimiréis mis pasiones.

NUÑO.
Si con mi sobrina os diera
La Europa toda por dote,
Hiciera acertado empleo
En vos de prendas mayores.
Por mi parte os doy palabra
De que haré cuanto me toque
Para que la mano os dé.

PEDRO.
Y yo de que vuestro nombre
Dilataré con mis armas
A los confines del orbe.

ZARATAN.
Ya el caballo ha descansado,
Y precursora la noche,
Corona de negras sombras
Las cabezas de los montes.

PEDRO.
Tomad, señor, mi caballo;
Partamos á Estela.

ZARATAN.
¿Adónde?

PEDRO.
Y en el camino sabré
Vuestra historia.

NUÑO. (Ap.)
Pues dispones,
Fortuna, con los osados
Ser pródigo de favores,
La más alta hazaña emprendo
Que oyeron jamás los hombres.
De vasallo subo á rey:
Favorece mis ficciones. (Vase)

ESCENA VI.

PEDRO RUIZ, ZARATAN.

ZARATAN.
¿Oyan, oyan! Sin hacer
Un cumplimento, se pone
En tu caballo. Señor,
Este ¿es santo? Es sacerdote?

PEDRO.
Zaratan, no es sino el rey
Don Alfonso; no te asombres.

ZARATAN.
Por Dios, que lo dije luego:
Por adivino me azoten.
Mas ¿qué don Alfonso es este?

PEDRO.
Pues ¿cómo no le conoces,
Si al momento lo dijiste?

ZARATAN.
Porque en su rostro y acciones,
Entre el sayal descubria
Los reales resplandores.

PEDRO.
Dame tu caballo.
ZARATAN.
Y yo
¿Qué haré, señor, que de un golpe
Estoy como grulla en vela?

PEDRO.
Al fin deste espeso bosque
Está un lugar: allí haré,
Zaratan, que te acomoden.

ZARATAN.
Y de aquí allá, ¡cojear!—
Con las ancas me socorre

(Vase Pedro Ruiz.)
Del caballo.—A esotra puerta.
Ya caminan. ¡Ah inventores
De la caza! ¿Esto es holgarse?
¿Por qué condenán los hombres
A galeras, si los pueden
Condennar á cazadores? (Vase.)

Sala en el palacio real de Zaragoza.

ESCENA VII.

LA REINA PETRONILA, DON RAMON.

REINA.
Por más, conde don Ramon,
Que pretendiendo mi mano,
Disculpe el amor tirano
Vuestra justa pretension,
Con causa me maravilla
El ver vuestra poca fe.
Si doña Rica, que fué
Emperatriz de Castilla,
Y por muerte de su esposo
Don Alfonso, á Zaragoza
Vino viuda, hermosa y moza,
Espera haceros dichoso
Dando efeto al casamiento
Que con vos tiene tratado,
¿En qué razon ha fundado
La mudanza vuestro intento?
¿Qué dirá el reino de vos?
¿Qué dirá el mundo de mí,
Si á Rica hacemos así
Tan clara ofensa los dos?

DON RAMON.
Petronila, más hermosa
Que el alba entre nieve y grana,
Cuando siembra la mañana
De clavel, jazmin y rosa,
No condeneis rigurosa
A quien vive de amor preso:
Mi disculpa está en mi exceso,
Y mi mérito en mi error;
Que no es verdadero amor
El que no priva de seso.
Si por las partes hermosas
Que en vos mi pecho venera,
Animoso no emprendiera
Hazañas dificultosas,
¿Qué obligaciones forzosas,
¿Qué méritos alegara?
Si en lo que dirán repara
Vuestro rigor, no mi amor;
Que prenda de tal valor
Nunca puede costar cara.

REINA.
Esos fundamentos son
En vos, porque amais, bastantes;
Que da ley á los amantes
El amor, no la razon;
Pero yo, que sin pasion
Lo miro, es bien que resista
A tan injusta conquista,

Pues no puede disculparse
El que deja despeñarse
De un ciego, teniendo vista.
Hoy el reino y majestad
Renunciar, Conde, pretendo
En mi hijo; y porque entiendo
Que causa su tierna edad
Discordias, acreditad
Vuestro amoroso tormento,
Dando favor á mi intento;
O pensaré que nació
De ambición del cetro, y no
De amor, vuestro pensamiento.

DON RAMON.
Yo lo haré, si se mejora
Con vos así mi partido;
Mas no si habiendos servido,
Os he de perder, señora;
Que mal puede el que os adora
En eso favoreceros,
Si por solo retraeros
Del reino queréis privaros,
Y ha de ser el ayudaros
Instrumento de perderos.

REINA.
Basta; que no he menester
Vuestro favor, don Ramon;
Que á mi sola la razón
Me basta para vencer.

DON RAMON.
Tal vez suele no valer
Sin las armas la justicia.

REINA.
Advierta vuestra codicia
Que, pues la razón me ayuda,
Podrá más ella desnuda
Que armada vuestra malicia. (Vase.)

ESCENA VIII.

DON RAMON.

Mucho puede la ambición
Apoderada en mi pecho;
Pero mucho, á su despecho,
Puede también la razón.
Si no hallo nueva ocasión
Que mis intentos abone,
Lo que la Reina dispone
Es forzoso consentir;
Que solo no he de impedir
Que el Príncipe se corone.

ESCENA IX.

EL CONDE DE URGEL. — DON RAMON.

EL CONDE DE URGEL.

¡Valeroso don Ramon!...

DON RAMON.

¡Famoso conde de Urgel!...

EL CONDE DE URGEL.

En la tempestad cruel

Que hoy amenaza á Aragon,

Admira mi pensamiento

Lo que de vos se publica,

Y es que de la hermosa Rica

Despreciáis el casamiento,

Pretendiendo que la mano

Os dá la Reina: ambición

Contraria á vuestra opinión,

Digna solo de un tirano.

Don Ramon, su esposo, fué

Vuestro tío; y es injusto

Que á la razón venza el gusto,

Y la ambición á la fe.

Mejor será que, cumpliendo

Lo concertado, os caseis

Con la Emperatriz, y deis
Favor á lo que pretendo;
Pues con mi hijo casada
Petronila, quedaria,
Junta á su fuerza la mía,
La discordia refrenada.

DON RAMON.
De lo que decís colijo
Que no tanto á esa intención
Os obliga mi opinión
Como el bien de vuestro hijo.
Mas ¿cómo, conde de Urgel,
Habiendo solicitado,
Tan público enamorado,
Vuestro hijo Berenguel
A doña Teresa, hermana
Del señor de Mompeller,
Se muda, y quiere ofender
Belleza tan soberana?

EL CONDE DE URGEL.
Esta es solo intención mía,
No suya; que es cosa clara
Que él por Teresa trocará
Del mundo la monarquía.

DON RAMON.
Con esa razón no cesa
La culpa; que yo he sabido
Que Berenguel ha servido
Con gusto vuestro á Teresa.

EL CONDE DE URGEL.
Aunque yo estimé hasta aquí
También sus prendas hermosas,
La mudanza de las cosas
Muda parecer en mí.

DON RAMON.
Pues si os hace la mudanza
De las cosas que os mudeis,
Y si á Teresa ofendeis
Por mejorar la esperanza,
¿Por qué os causa admiración
Que yo, que á la Reina adoro
Y mi grandeza mejoro,
Mude también de intención?

EL CONDE DE URGEL.
La diferencia colijo
Fácilmente que os advierto;
Que vos faltáis á un concierto,
Y á una pretensión mi hijo.
Vos ofendeis á Ramon,
Vuestro tío; y Berenguel
No puede llamarse infiel
Por tan justa pretensión.

DON RAMON.
Antes deso mismo arguyo
Mi justicia, porque ¿quién
Puede suceder más bien
A Ramon que un deudo suyo?
Si mi fe no corresponde
A lo que tratado habia,
Eso está por cuenta mía,
Que no por la vuestra, Conde.
Y en resolución, ya veo
Mi pretensión declarada,
Y ha de conseguir la espada
Lo que ha emprendido el deseo.

EL CONDE DE URGEL.
Pienso que estáis satisfecho
De lo que puede la mía,
Y que está esta nieve fría
En mi rostro, y no en mi pecho.

DON RAMON.
Yo os lo confieso y os digo
Que no me pesa; que quiero,
Ya que desnude el acero,
Vencer valiente enemigo.

EL CONDE DE URGEL.
Pues juntad los escuadrones

Que os puede dar la Provenza;
Que el conde de Urgel comienza
Hoy á tremolar pendones.

DON RAMON.
Urgel y Aragon empiece,
Y el mundo, á armarse también;
Que la guerra dirá quien
De Petronila merece
La soberana beldad.

EL CONDE DE URGEL.
Si dirá; y á Dios pluguiera
Que en venceros estuviera
El vencer su voluntad.

(Vanse.)
ESCENA X.
TERESA, INES.

TERESA.
Dejadme de combatir,
Olas de mis pensamientos;
Que á tormentas de tormentos
¿Qué fuerza ha de resistir?

Pretende don Berenguel
Ser mi esposo; no le quiero:
Estámeme bien; que heredero
Es del condado de Urgel.
En mi amor vive abrasado
Sancho Aulaga; no es mi igual:
Yo le adoro; estámeme mal;
Que aunque el ser tan gran soldado
Le da justa estimación,
Le falta la calidad:
¿Qué habeis de hacer, voluntad,
Entre amor y obligación?

INES.
Señora, los nobles pechos
A quien obliga el honor,
Han de mostrar su valor
En los difíciles hechos.
De Berenguel la afición
Sola merece tu mano:
Vence ese antojo liviano,
Que ha de dañar tu opinión.

TERESA.
No me atormentes.

INES.
Teresa,
Lo que te importa te digo.
(Ap. Por tus dádivas me obligo
A tan difícil empresa,
Don Berenguel; y á tu intento
La has de ver al fin rendida,
Aunque me cueste la vida
Tan justo agradecimiento.)

ESCENA XI.
SANCHO AULAGA. — DICHAS.

SANCHO.
Dulce enemiga mía,
Más que cruel, hermosa,
Emulación dichosa
Del claro autor del día,
En cuya gran belleza
A sí misma venció naturaleza:
¿Es el ser inhumana
Condición de divina?
¿Qué espíritu encamina
Un alma tan tirana,
Que igualmente procura
Ser monstruo de crueldad y de hermosura?
Adorar tu belleza
¿Es delito contigo?
Teresa, ¿qué castigo
Previene tu dureza
A quien te aborreciere,
Si le da tan cruel á quien te quiere?
De tus amantes quiero

(No los de tí contados,
Mas de los olvidados)
Contarme yo el postrero:
No te pese que sobre
Entre el oro bermejo el pardo cobre.

TERESA.
Sancho, las ocasiones
Y causas diferentes
Segun los accidentes
Producen las acciones:
No siempre la esquivanza
Nace de ingratitud y de dureza;
No siempre rinde fruto
El árbol cultivado,
Ni siempre al mar hinchado
La fuerte igual tributo,
Por varios accidentes,
Sin ser ingratos árboles ni fuentes.

¿Por qué me consideras
De tu amor ofendida,
Si no arroja pérdida
En las fieras más fieras
Una fecha el Dios ciego,
Si el más duro metal ablanda el fuego?
De mi rigor aplica
A otra causa el efecto,
Puesto que en un sugeto
Contradición no implica
Tener correspondencia
Y hacer á los intentos resistencia.

SANCHO.
Si méritos procura
Iguales tu persona,
Teresa, no hay corona
Digna de tu hermosura;
Si amarte ha de vencerte,
No tira flecha amor que no me acierte.

Mas pues que ya te he oído
Que á agradecer te obligas,
Favor es que lo digas,
Y aunque lo hayas fingido,
Agradezco el engaño;
Que es señal de desprecio el desengaño.
Con esto, ángel que adoro,
Queda mi amor pagado.

TERESA.
¿Qué humilde enamorado!

SANCHO.
¿Qué debido decoro
A tu merecimiento!
Solo con que me engañes me contento.

TERESA.
¿Qué cuerdamente obligas!

SANCHO.
¿Qué dulcemente matas!

TERESA.
¿De engañosa me tratas?
Bien mi rigor castigas.

SANCHO.
Tan alta te imagino,
Que pienso que aun de engaños no soy

TERESA.
Bien dices lo que sientes.

SANCHO.
Bien siento lo que digo.

TERESA.
(Ap. ¡Ay, que luchan conmigo
Impulsos diferentes,
Y en poner se desvela
Freno el honor donde el amor espuela!)
Mas ya, Sancho, pregona
En palacio el ruido
Que el reino, prevenido
A dalle la corona
Al Príncipe, se altera;
Y yo soy de la Reina camarera.
Adios; que acompañalla
Es fuerza.

SANCHO.
Y lo es seguirus
Con ansias y suspiros.

TERESA. (Ap.)
Triste de quien se halla
Puesto al cuello el cuchillo,
Y ni puede quejarse ni sufrirlo!
(Vanse Teresa é Ines.)

ESCENA XII.

SANCHO.

Mi sangre, no tan clara
Como la tuya, creo
Que enfrena tu deseo.
Hidalgo soy: repara
Que aunque soy escudero,
Tengo valor con que ilustrarme espero.
Sancho Aulaga el Valiente
Me apellida la fama,
Mi madre es noble rama,
De Laras descendiente,
Mi padre Nuño Aulaga
Murió al lado de Alfonso en lo de Fraga.
¿Quién pues fueron autores
De las casas que hoy mira
El sol en cuanto gira
Llenas de resplandores,
Sino los claros hechos
De sus primeros valerosos pechos?

ESCENA XIII.

LA REINA, BERENGUEL, EL CONDE DE URGEL, BERMUDO, DON RAMON, EL SEÑOR DE MOMPPELLER, EL PRÍNCIPE NIÑO, TERESA, teniendo la falda á la Reina, y acompañamiento. — SANCHO.

(Siéntanse en el trono la Reina á la derecha, y el Príncipe á la izquierda.)

BERENGUEL. (Ap. é Ines.)
Ines, en tu confianza
Vive solo mi afición.

INES.
Cumpliré mi obligación,
Y lograrás tu esperanza,
Aunque me cueste la vida.

BERENGUEL.
A mí me la das con eso.

INES.
Obligada me confieso,
Y he de ser agradecida.

REINA.
Caballeros de Aragon,
Gloria y honor de la Europa,
Cuya fama atemoriza
Las regiones más remotas,
Hoy la majestad renuncio,
Porque á la quietud importa
Del reino, en mi hijo Alfonso,
Sucesor desta corona.
Pues que la sangre os obliga
Y la lealtad os exhorta,
Mostraldo en ser de mi parte
En una acción tan heroica.
Por ser Alfonso tan niño,
Nadie á mi intento se oponga;
Que al fin es varon, y rige
Mejor el cetro la sombra
De un varon que una mujer;
Cuanto más, que el reino goza
De consejeros prudentes
Que asistan á su persona.

EL CONDE DE URGEL.
La corona sí y el reino

BERENGUEL.
Las fuerzas
Vuestras son, Príncipe, cortas
Para cortar mi cabeza.

BERENGUEL.
Vos ignoráis, mas no ignora
Las hazañas de Bermudo
La fama que las pregona.

SANCHO. (Ap.)
¡Ah! No fuera igual mi estado
Con el valor que me informa,
Para poder responder
A tanta arrogancia loca!

PRÍNCIPE.
Niño soy; mas de mi padre
Soy una animada copia,
Y para empresas mayores
Valor y fuerzas me sobran.

SANCHO. (Ap.)
Eso sí: mostrad, Alfonso,
La majestad española;
Poned las palabras vos,
Y remitidme las obras.

ESCENA XIV.
PEDRO RUIZ. — DICHAS.
PEDRO RUIZ.
Reina, Príncipe, damas, caballeros,
Soldados, cortesanos, ciudad, plebe,
La nueva más feliz vengo á traer
De cuantas Aragon al tiempo debe.

Podeis renunciar, señora;
Mas no el gobierno, que á mí
Por tantas causas me toca.

DON RAMON.
Si alguno ha de gobernar,
¿Quién habrá que se me oponga,
Pues el ser quien soy y el ser
Primo de Alfonso me abona?

BERMUDO.
¿Qué litigáis, si en Bermudo
El gobierno se mejora,
Pues del difunto Ramon
Fui yo la privanza toda,
Y los negocios traté
Del reino, á quien más importa
Quien sepa ya las materias,
Que quien las aprenda agora?

EL SEÑOR DE MOMPPELLER.
Lo que propone mi padre
Defenderá mi persona.
Señor soy de Mompeller,
Y harán mis armas notoria
Su justicia.

DON RAMON.
Ya las mías
Sus estandartes arbolan.

BERMUDO.
El valor dará el derecho,
Y el gobierno la vitoria.

REINA.
¿Qué gastáis en disensiones
El tiempo, si á mí me toca
El gobierno, pues de Alfonso
Soy legitima tutora?

PRÍNCIPE.
Esto es justicia: ninguno
Se atreva á mover discordias
Por ser mi madre mujer
Y por ser mi edad tan poca;
Que soy el Rey, y por vida
De la Reina mi señora,
Que la cabeza á los pies
A quien replique le ponga.

CONDE DE URGEL.
Sois niño, Alfonso.

DON RAMON.
Las fuerzas
Vuestras son, Príncipe, cortas
Para cortar mi cabeza.

BERENGUEL.
Vos ignoráis, mas no ignora
Las hazañas de Bermudo
La fama que las pregona.

SANCHO. (Ap.)
¡Ah! No fuera igual mi estado
Con el valor que me informa,
Para poder responder
A tanta arrogancia loca!

PRÍNCIPE.
Niño soy; mas de mi padre
Soy una animada copia,
Y para empresas mayores
Valor y fuerzas me sobran.

SANCHO. (Ap.)
Eso sí: mostrad, Alfonso,
La majestad española;
Poned las palabras vos,
Y remitidme las obras.

Sossegad los espíritus guerreros; [ve
Que el cielo ya, que á compasion se mue-
De la discordia que de paz os priva,
Por mi os presenta el ramo de la oliva.
El rey Alfonso el Bueno, el Sabio, el

[Fuerte,
De quien en Fraga el reino agradecido
Triste lloró la mentirosa muerte [do,
(Pues no fué muerto allí, si fué perdi-
Es hoy por la piedad de nuestra suerte
Al suelo de Aragon restituido;
Sol, que á la noche de discordias tales,
De paz induce rayos celestiales.

Yo le vi por mis ojos, yo la mano
Le besé; y aunque á mi no me he creído,
Por ser tan mozo, de uno y otro anciano
De nuestra patria es ya reconocido.
Oculto tanto tiempo en el asiático
Imperio estubo, sin razon corrido
De lo de Fraga, sin mirar que parte
Con la fortuna las victorias Marte.
Pero de haber por si determinado
Contra el voto del reino aquella empresa
Y ser vencido, estando acostumbrado
A veinte y seis victorias, se confiesa
Corrido tanto el Rey, que despedido,
Hasta el imperio cuyas plantas besa
El undoso Jordan corrió tan solo,
Que aun á los ojos se negó de Apolo.
El pues ha vuelto, si decirse puede
Que ha vuelto aquel que Dios nos ha traí-
Aquel por quien el cielo le concede [do,
Concordia al reino, en bandos dividido:
Y pues es vivo, no es razon que herede
Su alteza el cetro, ni ha de ser ungido
Rey. A pesar de Alfonso las reales
Manos venid los que le sois leales.

REINA.
¿Qué nueva disension, qué nueva gner-
Con máscara de paz y justo celo, [ra,
Moveis, Azagra, y alterais la tierra,
Para irritar la indignacion del cielo?
¿Alfonso vive! ¿Alfonso, á quien encier-
[ra,
Muerto á lanzadas, el morisco suelo?
¿No lo dijeron lenguas cuyos ojos [jos?
Vieron triunfar la muerte en sus despo-
Si no se halló el cadáver, ¿no fué cierto
Que lo causó la copia innumerable
Del escuadron en la batalla muerto,
Tragedia por mil siglos miserable?
¿Por qué pues en favor del vulgo incier-
Acreditais engaño tan culpable, [to
Y por vengar un sentimiento vano,
¿A un traidor no dudais besar la mano?
(Vase Pedro Ruiz.)

ESCENA XV.

LA REINA, BERENGUEL, EL CON-
DE DE URGEL, BERMUDO, DON
RAMON, EL SEÑOR DE MOMP-
PELLER, EL PRÍNCIPE, TERESA,
SANCHO, ACAMPAÑAMIENTO.

REINA.
Pero no importa, no; el Príncipe tiene
Nobles amigos, deudos y aliados,
Cuyo poder, cuyo valor enfrene
Soberbios pechos, cuellos no domados.
Ea, conde don Ramon, no os enajene
De imitar vuestros inclitos pasados
De una venganza vil la ciega furia.
De Alfonso primo sois, vuestra es la inju-
[ria.

DON RAMON.
Petronila, viviendo vuestro tío, [no
(Que pues lo afirma Azagra, es caso lla-
Suyo es el reino, y no es agravio mio
Besar á un rey legítimo la mano. (Vase.)

REINA.
Noble conde de Urgel, de vos confío,

Y de don Berenguel, que al vil tirano
Castiguis este engaño con la muerte.

CONDE DE URGEL.
Destá corona es dueño Alfonso el Fue-
Yo soy su amigo, y tiene averiguado [te;
Que vive Azagra, principal testigo;
Y vos no me teneis tan obligado,
Que me oponga por vos á tal amigo.
(Vase.)

BERENGUEL.
A hacer lo que mi padre soy forzado:
Perdonadme, señora, si le sigo. (Vase.)

REINA.
En vos, Bermudo, pongo mi esperanza.

BERMUDO.
Yo soy del Fuerte Alfonso la privanza;
Si, como afirma Azagra, y no lo dudo,
No es muerto, ya veréis á qué me obli-
(Vase.) [ga.

REINA.
¿Señor de Mompeller!...

SEÑOR DE MOMPPELLER.
A don Bermudo,
Que el serme dió, señora, es ley que si-
[ga.

(Vase, y sigue el acompañamiento.)

TERESA.
Padre, hermano, escuchadme.

ESCENA XVI.

LA REINA, EL PRÍNCIPE, SANCHO,
TERESA.

REINA.
¿Tanto pudo

Tan clara falsedad, suerte enemiga,
Que quieran más los nobles á un tirano
Que á un legítimo rey besar la mano?
Vos solo, Sancho Aulaga, habeis queda-
[do;

Ya solo en vos se funda mi esperanza,
Y bien me puede dar tan gran soldado
Del victorioso efeto confianza.

SANCHO.
Si los nobles del reino os han faltado,
Si os alige, señora, su mudanza,
A mi me alegro; y que mostrales quiero
Que os basta sin los suyos este acero.
Nombradme general, y suene Marte
El ronco parche y el clarín bastardo;
Que presto adorará vuestro estandarte
El contrario más fuerte y más gallardo.

REINA.
Un baston me traed.

TERESA.
Yo quiero darte,
Si vuelves victorioso, como aguardo,
De que tuya será palabra y mano,
Aunque pese á mi padre y á mi hermano.

SANCHO.
Con dicha igual, del alba al occidente
Es la conquista fácil á mi acero.

REINA.
El baston recibid, juntad mi gente,
(Dásele.)
Y partid; que triunfante ya os espero.
(Vase.)

PRÍNCIPE.
Abrazadme y partid, Sancho el Valien-
[te.

SANCHO.
Besar humilde vuestras plantas quiero.
Prosperes el cielo esa real persona.

PRÍNCIPE.
De vuestra mano espero la corona.
(Vase.)

TERESA.
Sancho, el vencerme está en esta vito-
[ria.

SANCHO.
Y el vencer en vencer vuestra esquivi-
[za.

TERESA.
Adios.
Dadme una prenda, cuya gloria
Me dé valor y aumente fortaleza.

SANCHO.
De mi palabra os doy esta memoria.
(Dale una banda.)

TERESA.
Con tal favor traeros la cabeza
Prometo del fingido rey tirano,
(Señala la mano izquierda y la dere-
cha.)

SANCHO.
En esta, ántes de daros esta mano.

ACTO SEGUNDO.

Sala de un castillo.

ESCENA PRIMERA.

NUÑO, ZARATAN.

NUÑO.
¿Que viene por general
Sancho Aulaga contra mí?

ZARATAN.
La fama lo cuenta así.

NUÑO. (Ap.)
¿Quién vió confusion igual?
¿Mi hijo es contrario mio!
A solas me importa hablalle;
Que para desengañalle
Aun dél mismo no me fio.

ZARATAN.
Dicen que á la Reina bella
Tu cabeza prometió,
Y á no defenderte yo,
No diera un cuarto por ella:
Fuera de que, á persuasion
De mi dueño, á que los mandés
Vienen del reino los grandes
Todos á tu devocion,
Y obligados se confiesan
Tanto como agradecidos,
Pues los bandos encendidos
Con haberte hallado cesan;
Que para hacerse cruel
Guerra, juntaban sus gentes
Ya los dos condes valientes
De la Provenza y Urgel.
Con estas nuevas, señor,
Pedro de Azagra me envía
A hacer la ventura mia
Con tus albricias mayor.

NUÑO.
Yo te las prometo dar
Tan cumplidas si me veo
Como en mi reino deseo,
Que á todos des que envidiar;
Que ahora bien podrás ver
Cuán pobre estoy.

ZARATAN.
¿Triste yo!

NUÑO.
¿No sabes como pintó
Cierta Apéles al poder?

NUÑO.
¿Cómo?

ZARATAN.
Pintólo poniendo
Sobre una rueda, cercado

NUÑO.
De gente, un rey coronado,
Y luego escribió (queriendo
La gran distancia arguir
Que hay del decir al hacer)
En la boca prometer
Y en el celebre cumplir.

NUÑO.
No puede faltar un rey
A su palabra.

ZARATAN.
A lo ménos
Debes mirar que en los buenos,
Señor, la palabra es ley;
Y en diciendo un yo lo haré,
Aun entre gente que sea
Muy comun, es cosa fea
Faltar la palabra y fe.
Mas ya también ha llegado
Mi señor; que era mi posta
Tan lerda, larga y angosta,
Que por más que he procurado
Picar, fué vano trabajo,
Porque mis piés no la hallaban,
Y uno á otro se picaban
Mis talones por debajo.

NUÑO.
También la besa
El señor de Mompeller,
Vuestro vasallo, que ser
Mi sangre en esto confiesa.

NUÑO.
A todos mis brazos doy
Con el alma, caballeros;
Que me alegro tanto el veros
Cuanto obligado os estoy.
¿Cómo queda mi sobrina?

PEDRO.
Con salud, señor, y hermosa;
Mas contra vos rigurosa
De suerte, que ya camina
Con un lucido escuadron
Su general Sancho Aulaga.

NUÑO.
No perdí el valor en Fraga,
Aunque perdí la opinion.

BERMUDO.
Constante está en que perdistes
La vida allí.

NUÑO.
Si á vencella
No sois bastantes con ella
Los que ya me conocistes,
De mi verdad mis hazañas
Testimonio le darán.

BERMUDO.
Yo pienso que dejarán
Las gentes propias y extrañas
Las armas, si la opinion
Llega, señor, á su oído
De que os han reconocido
Los que respetá Aragon.

NUÑO.
Con ese fin es mi intento
A Sancho Aulaga escribir;
Que quisiera no venir,
Si es posible, á rompimiento;
Que son al fin mis vasallos
Los que tengo de vencer.
Y todos habeis de hacer
Lo mismo, para obligallos
A reducirse, escribiendo
A los hombres principales
Y á todos los oficiales
Del campo; pues ensabiendo
Que me habeis reconocido,
Con tan clara informacion
Luego de todo Aragon
He de ser obedecido.

BERMUDO.
Es sin duda.

NUÑO.
Pues entrad
A descansar y escribir;
Que importa, para impedir
Los daños, la brevedad.

BERMUDO.
Obedeceros es ley.

PEDRO.
Vamos, pues.
Cuando no hubiera
Otra probanza, creyera
Por su piedad que es el Rey.

BERMUDO.
Y en la majestad así
Lo muestra.

MOMPPELLER.
Forzoso es dar
Luz al sol.

BERMUDO.
No hay que dudar
Conózcolo como á mi.

NUÑO.
Id, Zaratan, mientras hago
El despacho, á descansar;
Que vos lo habeis de llevar.

ZARATAN.
Bien de contado te pago
De tu promesa el escote:
¡Plegue á Dios que por bien sea,
Y que al cumplillo no lea
El réculo del cogote!
(Vase.)

NUÑO.
¿Hasle visto?

ZARATAN.
Cuando vino
En traje de peregrino,
Fui el primero que le vi.

Campo.
ESCENA III.

SANCHO, abriendo un pliego.—SOL-
DADOS.

SANCHO.
Hagan alto.

SOLDADOS.
Hagan alto;
Pase la palabra.

SANCHO.
Amigos,
Cerca están los enemigos:

Descansad; no cojan falto
De fuerza nuestro escuadron,
Fatigado de marchar,
En que estriba el acabar
Las discordias de Aragon. (Lee cartas.)

Esta es de doña Teresa:
¡Ah cielo! ¿que mereci
Que se acordase de mí?
Con tanto favor, ¿qué empresa
No acabaré, satisfecho
De mi venturosa suerte,
Llevando contra la muerte
Este papel en mi pecho?

(Lee.) «La Reina mi señora me man-
dó que os escribiese ratificando mi
promesa, y os aseguro que me leyó
en el corazon de suerte, que en lo
contrario no la obedeciera. No es mi
intento agraviar vuestro valor con ani-
maros, sino lisonjear vuestra ausen-
cia con escribiros; si bien, como el
deseo duda lo más seguro, el mio de
efetuar el concierto es tanto, que lle-
ga á injuriar vuestro esfuerzo, te-
niendo que no cumplais la condicion,
pues ya no cuido más, por el bien de la
Reina mi señora, de ver la cabeza de
nuestro enemigo en vuestras manos,
que por daros la mia.—Doña Teresa.»

—¡Oh letras, que del pincel
De un ángel fuisteis formadas!
Vivid, vivid trasladadas
Al corazon, del papel.
La condicion cumpliré;
La cabeza del tirano,
Mi bien, te dará mi mano,
O la tuya perderé.

(Lee.) «Hijo, la importancia de la
faccion que os han encargado no es
para liarla solo del poder humano; y
aunque ni yo entiendo, ni Dios quiera
que sea menester advertiros que re-
currais al divino, el amor me obliga á
hacerlo y animaros con que sepais que
en este convento no cesarán las roga-
tivas mientras no cesare la guerra.
Dios os traiga vencedor.—Vuestra ma-
dre, Doña Teodora de Lara.»

ESCENA IV.

ZARATAN, con botas y espuelas.—
DICHOS.

ZARATAN.
Gran general, celebrado
En cuanto alumbra el lucero,
Por indigno mensajero
Vengo del resucitado.
Este pliego es para tí.

SANCHO.
¿Hasle visto?

ZARATAN.
Cuando vino
En traje de peregrino,
Fui el primero que le vi.

SANCHO.
Y ¿qué te parece?

ZARATAN.
Nada.

SANCHO.
No temas, dilo.
ZARATAN.
Que admira
Su presencia, y si es mentira,
Está, por Dios, bien trovada.
Ya los grandes de Aragón
Le han reconocido, y creo
Que te escriben con deseo
De que mudes intención,
O á lo ménos de que hablarte
Dejes de Alfonso, primero
Que en la batalla el acero
Ensangrientado airado Marte.

SANCHO.
¿A un traidor, necio, te atreves
A nombrar Alfonso aquí!
Si para nombrarlo así
Otra vez los labios mueves,
¡Vive Dios, que en un madero
Te haga poner por traidor,
Sin que estorben mi rigor
Las leyes de mensajero.

ZARATAN.
¡Mal haya mi boca, amén,
Que tal dijo! ¿Por ventura
Quien le nombra así asegura
Que es rey de Aragón también?

SANCHO.
¿Que quiere el traidor hablarme?
Sin duda engañarme entiende
A mí también, ó pretende
Con mercedes obligarme.
Pues aunque es notorio error
No negarles al encanto
Los ojos, fio tanto
De mi lealtad y valor,
Que no solo le he de oír,
Mas disuadille su engaño;
Que también pretendo el daño
De la batalla impedir,
Al reino todo molesta.
A leer y responder
Voy; que al punto has de volver,
Zaratan, con la respuesta.

ZARATAN.
Pues hablarle determinas,
Escribirle es excusado;
Que él, por verte, acelerado
Pisa las tierras vecinas.
(Vase Sancho.)

ESCENA V.

ZARATAN, SOLDADOS.

ZARATAN.
¿Qué cerca del sacrificio
Me he visto! ¿Aulaga sois vos?
Diablo sois. Libreme Dios
De un ruin puesto en oficio.
Juntó cortes el leon,
Estando enfermo una vez,
Para elegir un juez
A quien la jurisdicción
De sus reinos encargase.
Los animales, atento
A que es tan manso el jumento,
Pidieron que él gobernase.
Tomó, al fin, la posesión;
Y por darme autoridad,
Junto con la potestad,
Sus uñas le dió el leon.
Parabien le vino á dar
Luego con grande alegría

Un rocín, que ser solía
Su amigo; y él, por usar
Del poder, dos uñaradas
Le dió al amigo inocente;
Y viéndose injustamente
Las carnes acribilladas,
Dijo llorando el rocín:
«No tienes tú culpa, no,
Sino quien uñas le dió
A un animal tan ruin.»
El leon, airado y fiero,
Le quitó con el oficio
Las uñas, y al ejercicio
Le hizo volver de arriero.
Pues, hombre que oficio empuñas,
Sabe templado ejercello,
Pues á tantos, por no hacello,
Has visto quitar las uñas.
(Vase.)

Otro campo.

ESCENA VI.

EL CONDE DE URGEL, BERMUDO,
PEDRO RUIZ, BERENGUEL, DON
RAMON, EL SEÑOR DE MOMPEN-
LLER; NUÑO, en cuerpo, con bas-
ton.

EL CONDE DE URGEL.
Señor, de mi parecer,
Pues se acerca temerario
Y presuroso el contrario,
Es acierto recoger
Vuestro campo á ese castillo,
Cuyo fuerte es tan seguro:
Gaste su fuerza en el muro,
Y cánsese en combatillo.

BERMUDO.
El mismo consejo sigo.
PEDRO.
Otra sentencia es la mía,
Porque es mostrar cobardía
Y animar al enemigo.

DON RAMON.
Prosigue en marchar, señor;
Que pues él viene á buscarte,
El buscallo tú ha de darte
A ti opinion y á él temor.

NUÑO.
Yo estoy cierto, caballeros,
De que en llegándome á ver
Con Sancho, le he de vencer
Sin desnudar los aceros;
Fuera de que la probanza
Que en vuestras cartas verá
El ejército, me da
Esta misma confianza:
Y así, no quiero mostrar
Cobardía en retirarme;
Que hacerlo, fuera indiciarme
De culpado, y esforzar
Su mal fundada opinion.
Buscarle es mejor intento,
Pues es el atrevimiento.
Tan hijo de la razon.

ESCENA VII.

ZARATAN, con un pliego.—DICHOS.

ZARATAN.
¡Gracias á Dios que me veo
De tu grandeza amparado!
Y agradece este cuidado
Más al temor que al deseo.
(Da cartas al conde de Urgel, Bermu-
do y don Ramon, y ellos leen.)

Aulaga responde en estas
A los tres; de los demas
Oficiales, Barrabas
Aguardara las respuestas;
Que en sabiendo vuestro intento
El General, imagino
Que el mensajero en un pino
Fuera lisonja del viento.
A ti no escribe, señor;
Que, como pides, á hablarte
Se allana, por obligarte
A desistir de tu error.

BERMUDO.
(Lee.) «Yo sirvo como leal
»A quien me ha dado el baston,
»Y á quien sé que de Aragón
»Es señora natural.—
»Sancho Aulaga.—Esto es en suma
Lo que me responde aquí.

DON RAMON.
Y aquí trasladó la pluma
También las mismas razones.

NUÑO.
A reducirle me obligo
En llegando á hablar conmigo.
Pero ya de sus pendones
Se forma una selva inquieta
En el collado vecino.

PEDRO.
Y de su campo imagino
Que á hablarte viene un trompeta.

ESCENA VIII.

UN TROMPETA.—DICHOS.

TROMPETA.
¿Quién es aquí el que se llama
Alfonso, rey de Aragón?

PEDRO.
No lo publica el baston,
Cuando lo calle la fama?

TROMPETA.
Sancho Aulaga, el general,
Dice que un puesto señales,
Donde entre los dos reales,
Solos, en distancia igual
Os podais los dos hablar.

NUÑO.
A la orilla de esa fuente
Que de cristal transparente
Tributaria corre al mar,
Decid que solo le espero.
Al cuerpo del escuadron
Os retirad.

PEDRO.
Aragón
Con esto envaina el acero.
(Vase los señores y el trompeta.)

ZARATAN.
¡Plega á Dios! que es el vivir
Linda joya, y barbarismo
Buscarse un hombre á sí mismo
Aderezos de morir;
Que sin la guerra hay contrarios
Para quien morir desea,
Pues hay melon y lamprea,
Mujeres y boticarios.
(Vase.)

NUÑO.
Ya viene Sancho: deseo
Que reste en ventura igual,
Pues le veo general,
Y rey de Aragón me veo;
Y aunque venga á ver perdido
El bien que llevo á tener,
No puedo nunca perder
El bien de haberlo tenido.

ESCENA IX.

SANCHO AULAGA, en cuerpo, con bas-
ton.—NUÑO.

SANCHO.
Guárdete Dios; que aunque seas
Fingido Rey, en efeto,
Para hablarte con respeto,
Basta el que el nombre poseas.
Esto supuesto, y que fio
Que ni podrás engañarme,
Ni con dones obligarme
A que del intento mio
Desista, te vengo á oír:
Abrevia pues; que á su alteza
La prometí tu cabeza,
Y hoy lo pretendo cumplir.

NUÑO.
Engañado, Sancho, estás;
Que á ti con desengañarte,
Espero más obligarte
Que engañando á los demas.
¡Ay, Sancho! ¿Quién no tuviera
De los campos enemigos
Tantos ojos por testigos,
Porque abrazarte pudiera
Mil veces, hasta que el pecho,
De la sed y la impaciencia
De tan dilatada ausencia,
Llegase á estar satisfecho!
No soy el rey, Sancho, no;
Tu padre sí, Nuño Aulaga,
Que en la batalla de Fraga
Lloraste muerto, soy yo.

SANCHO.
¿Qué? ¿Qué dices?

NUÑO.
No te alteres:
Mis casos, y la ocasion
Escucha de mi intención.

SANCHO.
Sin duda engañarme quieres
Con el mismo desengaño.
¿Tú mi padre! ¿Mi valor
Pudo engendrar un traidor
A su rey?

NUÑO.
¿Qué ciego engaño!
Si es lícito por reinar
Ser traidor, ¿quién lo emprendiera
Sino el que un hijo pudiera
De tal valor engendrar?
Por lo que te importa á ti,
Atencion solo te pido,
Y despues de haberme oido,
Haz lo que quisieres.

SANCHO.
Di.

NUÑO.
Doña Teodora de Lara,
Si muy noble, bella mucho,
Cautivó mis pensamientos
En mis juveniles lustreros.
Cegóme el amor de suerte,
Que no reparara el gusto
En los públicos defectos,
Cuanto más en los ocultos.
No la igualaba mi sangre;
Que aunque de hidalgo presumo,
Disto un hidalgo escudero
De un hidalgo señor mucho.
Ella era sangre de Laras;
Pero mi riqueza supo
Y mi industria conformar
Con mis intentos los suyos.
Díome, al fin, la blanca mano;
Y cuando el silencio obscuro
De la noche de mis bodas

Invidiar mis dichas pudo,
A lastimarse empezó
De que cayese en un punto
Desde las glorias de un cielo
A un infierno de disgustos,
Pues conocí...—¿Qué vergüenza!
Aunque decirlo rehusó,
Por ser importante al caso,
A mí pesar lo descubrió.—
Conoci, al fin, en Teodora
De su honor perdido el hurto,
Y que no era yo el primero
Que amor en sus brazos puso.
¿Qué venganzas impacientes,
Qué reportados discursos
(Júzgallo tú) me tendrían
Ya resuelto, ya confuso!
Al fin, por no publicar
Mis afrentas, disimulo,
Poniéndome el honor mismo
Espuela y freno en un punto.
No por esto á perdonar,
Si á dilatar, me reduzgo
Para mejor ocasion
La venganza que procnro.
El receloso cuidado
Los ojos de Argos me puso,
Aunque para ver mi ofensa
Menester no fuéron muchos,
Pues aun no el curioso exámen
Empecé, cuando descubro
Que ántes de darme la mano,
Gozó de su amor el fruto
Ese, que del Rey privado
Era entónces, don Bermudo,
Padre del de Mompeller.
Vine al fin á hallarlos juntos
Dentro de mi propia casa;
Y aunque no en el acto injusto,
Por los amores pasados
La presente ofensa juzgo:
Y así, desnudé la espada
Celoso; pero no pudo
La razon contra el poder,
Contra muchos brazos uno.
Libróse al fin, y libróla,
Y en un convento la puso.
Yo, que con el alboroto
Vi publicarse en el vulgo
Mi afrenta, pues aunque allí
No cometiese Bermudo
Adulterio, la opinion
Es del honor el verdugo;
Como de su gran poder,
Y el poco que tengo, arguyo
Imposible la venganza,
Cuanto despechado mado,
A servir á Alfonso el Fuerte
Partí á la guerra que tuvo
En Fraga, sangrienta causa
De sus funerales lutos;
Pues cuando se vió cercado,
Con pocos hombres, de muchos,
Las armas y sobrevista,
Por pelear más seguro,
Trocó su alteza conmigo;
Mas no por esto al membrudo
Brazo de un valiente moro
Dejó de quedar difunto.
Yo, que tendido le veo,
En vano al socorro acudo;
Y así le dieron mis brazos,
En vez de ayuda, sepulcro.
La real sortija y sello
Le quité, y el golpe duro
De la muerte en un pegaso,
Cuyos piés son alas, huyo;
Que desto y llevar sus armas,
Su sobrevista y escudo,
Y ser en el rostro y talle
Un vivo traslado suyo,
Nació la opinion que aun hoy

Afirma que no es difunto.
Yo pues, aunque entónces ya
La nueva á la fama escucho
Que tú, de quien á Teodora
Dejó preñada, del mundo
La luz hermosa gozabas,
Remotas regiones busco;
Que me desterró mi afrenta,
Más que tu amor me detuvo.
Al Asia paso, y el nombre
Junto con la tierra mudo;
Todo por trazar mejor
La venganza que procuro:
Y agora, que de los años
Me asegura el largo curso
El efeto deste intento,
Y que del esfuerzo tuyo
Las nuevas determinaron
Mis vengativos impulsos;
Viendo en mí de Alfonso el Fuerte
Tan verdadero trasunto,
Que á cuantos le conocieron
Engañar mil veces pudo,
Vuelvo á Aragón á emprender
El engaño que ejecuto,
Cuyo buen fin la fortuna
Con discordias me dispuso.
Los más grandes deste reino
Lo han creído ya, y por puntos,
Cuantos lugares visito,
A mi obediencia reduzgo.
Hijo, lo más está hecho;
El provecho, Sancho, es tuyo:
A honrarte y vengarme aspiro;
Poderoso es don Bermudo:
Ménos que por este medio
Mi venganza no aseguro.
Tu amor y mi agravio han sido
De mi lealtad los verdugos;
Mas mira si te es forzoso
Ayudarlos, pues el uno
Me obliga á justa venganza,
Y soy tu padre, y te cupo
Tanta parte de mi afrenta;
Y por el otro procuró
Acrecentarte hasta verte
Rey de Aragón y del mundo.

SANCHO. (Ap. apartándose de Nuño.)

¡Válgame Dios! ¿Es posible
Que no es sueño lo que escucho?
¿Es verdad, sagrados cielos,
Que es este mi padre Nuño?
Mas ¡ay de mí! siendo yo
Tan desdichado, ¿qué dudo?
¿Cómo desventuras tales
En mi suerte dificulto?
¿A quién la fortuna airada,
Sino á Sancho Aulaga, pudo
Combatir con tantos vientos,
Tan contrarios y confusos?
«Mi padre, su agravio, un reino»,
Dicen bramando los unos;
«Mi palabra, mi lealtad,
Mi obligacion», los segundos.
Mi amor, que adoro á Teresa;
Y mi honor, que el padre suyo
Me pague de mi opinion,
Muriendo, el agravio injusto.
Amor, que ya está el agravio
Con el largo tiempo oculto,
Y honor, que borrar la afrenta
Sola la venganza pudo.
Temo que descubra el tiempo
Que es este mi padre Nuño;
Mas el amor paternal,
La venganza y reino juntos
Dicen que mucho no alcanza
El que no aventura mucho.
Mas ¿qué es esto? ¿Dónde vuelas,
Precipitado discurso?
¿Reino dije? En mi lealtad

¿Cómo es posible que cupo
Ni aun el primer movimiento
De tan detestable insulto?
Mas si ya cayó en mi padre
La mancha infame, ¿qué mucho
Que peque la sangre mía
De los humores que tuvo
Aquel de quien la heredé?
Mas no, Sancho, no disculpo
Por la inclinación el yerro:
La sangre inclinarse pudo;
Mas sobre ella al albedrio
Dió el cielo imperio absoluto.
Ceda á la ley la ambicion,
Lo provechoso á lo justo:
Sed leal; que si primero,
Cuando mi pecho no supo
Si era Alfonso el Fuerte ó no
El que á la Reina se opuso,
Estábades en servirla
Tan firme, ya que no dudo
Que se le opone un traidor,
Y que es Alfonso difunto,
Mi obligación se acrecienta,
Sin que lo estorbe ser Nuño
Mi padre; que así la ley
Justamente lo dispuso.
Si es mucho lo que ganaba
Siendo traidor, de eso arguyo
Mi valor; que ser leal
Perdiendo poco, no es mucho.
Si ser por reinar traidor
Dijo que es licito alguno,
Fué cuando la tiranía
Daba los cetros del mundo;
Fué cuando idólatras pechos
No temieron ser perjuros;
Fué cuando el vasallo al rey
Natural amor no tuvo;
Mas hoy, que la sucesion
Les da derecho tan justo;
Hoy, que el amor se deriva,
Por legitimo transcurso,
De los padres á los hijos;
Hoy, que del cristiano yugo
A cumplir los juramentos
Obligan los estatutos,
¿Cómo por reinar podrá
Decir que es licito alguno
Ser traidor, sino quien tenga,
Léjos del cristiano culto,
Mucha ambicion, poca ley,
Sangre vil y pecho bruto?

¿Qué dudas? ¿Qué te suspendes?

Después de varios discursos
Vengo á resolver que tú
Es imposible ser Nuño.
Engaños son que fabricas;
Porque quien tal hijo tuvo
Como yo, incurrir en culpa
De infame traicion no pudo,
Ni ser liviana mi madre,
Ni dado que del conyugio
La ley violase, dejara
De matar á don Bermudo
Mi padre entónces, si fuera
Rey del Ganges al Danubio:
Y así, no solo de intento,
Por lo que has dicho, no mudo,
ero estoy en él más firme,
ues á ti mismo te escucho
que no eres Alfonso el Fuerte;
Con que ya del todo juzgo
Sin escrupulo mi intento,
Y el de la Reina más justo.

Hijo...

No me llares hijo.

NUÑO.
Vive Dios, si no reduzgo
Tu proterva obstinacion,
Que para castigo tuyo
He de publicar yo mismo
Que soy yo tu padre Nuño.
La liviandad de Teodora
Sabrá de mi boca el mundo,
Porque así muriendo yo
A las manos de un verdugo,
Por padre y por madre seas
Fábula infame del vulgo.

SANCHO.
No importa, no; que mis hechos
Sabrán desmentir los tuyos,
Y mi valor tus engaños;
Que nadie creará que pudo
Sol que tanto resplandece
Tener padres tan oscuros.
Y si á decirlo te anima
Del tiempo el largo discurso,
Tambien de los años yo
Para negarlo me ayudo,
Pues ya, aunque mi padre fueras,
No te conoce ninguno:
Y así, ó muda parecer,
Puesto que yo no le mudo,
O apercibe á resistir
A mis soldados los tuyos.

NUÑO.
Empeñado, Sancho, estoy.

SANCHO.
Yo resuelto.

NUÑO.
Yo procuro

SANCHO.
Tu aumento.

NUÑO.
Yo tu castigo.

SANCHO.
Yo soy tu padre.

NUÑO.
Es mi padre. Toca al arma.

SANCHO.
¿Al arma? Pues sepa el mundo
Quien soy.

SANCHO.
Tente, tente, no lo digas,

NUÑO.
Si no te reduzgo,
He de publicar quien soy.

SANCHO.
¿A quién la fortuna puso
En un lance tan estrecho?

NUÑO.
Si yo no soy padre tuyo,
¿Por qué temes que lo diga?

SANCHO.
Para dañarme eres Nuño;
Mas no para obedecerte
En intento tan injusto.

NUÑO.
Pues si no has de obedecerme,
Que soy tu padre divulgo.

SANCHO.
Pues si ó yo he de ser traidor,
O tú decirlo, ¿qué dudo
En decirlo yo primero?
Sepa Aragon, sepa el mundo...

NUÑO.
Tente, por Dios, hijo, calla;
Que no mi mal, sino el tuyo,
A refrenarte me obliga.

SANCHO.
Pues si en entrambos es uno

El daño de publicarlo,
Cállemos entrambos, Nuño.
Conténtate con que pueda
Esto con mi pecho el tuyo,
Y deja que en lo demas
Ejecute el fuero justo
De la lealtad. Toca al arma.

NUÑO.
Toca al arma, y muera Nuño
Que engendró su patricida.

SANCHO.
Sabe Dios que lo rehuso;
Pero la ley de leal
Contra la sangre ejecuto.
(Vase.)

ESCENA X.
SOLDADOS. — Después, SANCHO.

SOLDADO 1.º
Esto es hecho.

SOLDADO 2.º
Es caso cierto;

SOLDADO 1.º
Que nunca al fin la verdad,
Aunque corra tempestad,
Deja de salir al puerto.

SOLDADO 3.º
Si los grandes, obligados,
Se rinden á la razon,
¿Qué ha de hacer todo Aragon?
(Vuelve Sancho.)

SANCHO.
¿Al arma, al arma, soldados!

SOLDADO 1.º
¿Dónde vas?

SANCHO.
Al arma toca.

SOLDADO 1.º
General, ¿quién ha de ser
El que te ayude á emprender
Faccion tan injusta y loca?

SANCHO.
Si tengo en razon y en gente
Ventaja, ¿qué resta ya?

SOLDADO 1.º
Tu campo te mostrará
Que te engañas brevemente.
Oye.

SOLDADO (Dentro).
¿Viva Alfonso el Fuerte!

SANCHO.
¿Qué es esto? ¿Quién ha causado
Tal novedad?

SOLDADO 1.º
Informado

SANCHO.
El campo de que su muerte
Fué incierta, y que de Aragon
Los más ancianos confiesan
Ser él y su mano besan,
Está ya á su devocion
Toda su gente.

SANCHO.
Mirad

SOLDADO 1.º
que no es Alfonso, soldados.

SOLDADO 1.º
En casos tan comprobados
Es locura, y no lealtad,
Solo á todos resistir;
Y es mejor sin duda alguna
Sujetarse á la fortuna
Que inútilmente morir.

SOLDADO (Dentro).
¿Viva Alfonso!

SOLDADO 1.º
Ya habrás visto
Que es sin fruto tu desvelo
En resistir.

SANCHO (Ap.).
Sabe el cielo
Que me alegre, aunque resisto;
Que es mi padre, y la razon
Puede impedir los intentos,
Pero no los movimientos
De tan natural pasion.

SOLDADO 1.º
¿Qué determinas?

SANCHO.
Mil veces
Morir yo solo leal.

SOLDADO 1.º
Pues ya no eres general,
Pues á tu rey no obedeces.
Date á prision.

SANCHO.
¿Qué traicion!

SOLDADO 1.º
Solo es traidor quien se opone
Al Rey.
(Quitante la espada, y prendiendo.)

SANCHO (Ap.).
La lealtad perdone,
Si me alegra la prision.

ESCENA XI.
NUÑO y BERMUDO, dentro; después,
PEDRO RUIZ, EL CONDE DE UR-
GEL, BERENGUEL, EL SEÑOR
DE MOMPPELLER, DON RAMON y
ZARATAN.

NUÑO (Dentro).
No le mateis, aguardad.

BERMUDO (Dentro).
Tened; no le deis la muerte,
Soldados.

SOLDADO 1.º
De Alfonso el Fuerte
Viene ya la majestad,
De todos obedecida.
(Salen Nuño, Bermudo, el conde de
Urgel, Berenguel, Pedro Ruiz, el
señor de Mompeller, don Ramon y
Zaratan.)

NUÑO.
Amigos, la fortaleza
De mi reino y mi grandeza
Fundo solo en esta vida.

SOLDADO 1.º
Por su ciega obstinacion
Le hemos preso.

NUÑO.
El general

SANCHO.
Sirve así como leal
A quien le dió su baston,
Y vosotros habeis hecho
Tambien lo que os ha tocado;
Mas cuando desengañado,
Persuadido y satisfecho
De que soy Alfonso esté
Sancho, será su valor
Tan constante en mi favor
Cuanto en mi daño lo fué.

BERMUDO.
Su vida, señor, te importa.

ZARATAN.
Ya, Sancho, no me daréis
Unada, aunque os enbjeis;
Que el Rey las uñas os corta.

NUÑO.
Sancho, escucha. (Habla bajo con él.)

BERENGUEL (Ap.).
Cuando vi
En palacio el postrer dia
A Teresa, ¿no tenia
Al cuello esta banda? Si:
Ella es sin duda; ya son
Ciertas mis sospechas. Cielos,
Venganza piden mis celos:
Yo buscaré la ocasion.

MOMPPELLER.
Padre, escucha. Si advertiste,
¿Esta banda no tenia
Al cuello mi hermana el dia
Que en el palacio la viste?

BERMUDO.
Si mal no me acuerdo, es ella.

MOMPPELLER.
Pues con esto he confirmado
Mi sospecha, y ha llegado
A ser rayo la centella. (Saca la daga.)
Vive Dios, que he de matalle,
Aunque lo defienda el Rey!

BERMUDO.
Hijo, detente.

MOMPPELLER.
¿Qué ley,
Padre, te obliga á librallo?

BERMUDO.
¿No ves que el castigo hará
Más pública nuestra afrenta?

MOMPPELLER.
Pues que su favor ostenta,
La afrenta es pública ya.

BERMUDO.
Hijo, en negocios tan graves
Daña el arrojado ardor:
Yo soy viejo, y tengo honor,
Y sé lo que tú no sabes.
Mejor remedio pretendo:
Hasta agora lo perdido
Es poco; por entendido
No te des; que yo me entiendo.
(Ap. Porque no pierda opinion
Su madre doña Teodora,
Es fuerza callar agora
De amparalle la ocasion.)

SANCHO.
Daros la obediencia aquí
Bien veis que me ha de dañar,
Y dará que sospechar,
Señor, de vos y de mi;
Pues me he rendido forzado,
Y lo que he debido he hecho,
Dejad que oculte mi pecho
El contento que me ha dado
Veros ya rey de Aragon;
Si bien os puedo afirmar
Que á poderos estorbar
La tirana posesion,
Venciera en mi la lealtad
A la sangre; esto os confieso:
Y así, pues me importa, preso
A la corte me llevad;
Que pues ya es fuerza que os dén
La corona, y la obediencia
La Reina, tendré licencia
De obedeceros tambien.
Entónces, sin que argüir
Me puedan de deslealtad.

NUÑO.
Dices bien. Preso llevad,
Pues no puedo reducir
Su proterva obstinacion,
A Sancho Aulaga.

SANCHO.
Primero
Daré la vida al acero,
Que á la reina de Aragon,
Petronila, no obedezca
Por legitima señora.

NUÑO.
Ese es justo intento agora;
Pero cuando ella me ofrezca,
Después que me conociere,
La obediencia, mudarás
Parecer ó morirás.

SANCHO.
Lo que Petronila hiciera,
Haré entónces disculpado.

NUÑO.
A Zaragoza marchad.

PEDRO RUIZ (Ap.).
De rayos de tu beldad
Me espero ver coronado
Presto, Petronila hermosa.

DON RAMON (Ap.).
Agora, enemiga fiera,
Verás si Ramon te hiciera
Con su mano venturosa.

EL CONDE DE URGEL (Ap.).
Hijo, presto pienso hacerte,
Mas que imaginas, dichoso.

BERENGUEL (Ap.).
Rabiando voy de celoso.

ZARATAN.
Huélgome que ya la muerte
No me daréis tan resuelto;
Que por mal considerado,
El leon os ha humillado,
Y pollinos os habeis hecho.

ESCENA XII.

SANCHO, SOLDADOS.

SANCHO (Ap.).
Preso va, Teresa hermosa,
El que volver vencedor
Te prometió; tu favor
Contra la suerte forzosa
Poder, señora, no tiene;
Aunque por este camino
Mis intentos imagino
Que la fortuna previene.
Y tú, Reina, pues he hecho
Cuanto pude, ya cumpli
Mi obligacion; y si aqui
Resuelve á callar mi pecho
Que es mi padre quien se opone
Aleve á tu majestad,
Solo este error la lealtad
A un hijo suyo perdone.

ACTO TERCERO.

Sala en el real palacio de Zaragoza.

ESCENA PRIMERA.

NUÑO y BERMUDO.

NUÑO.
Bermudo, ya que á mi imperio
Petronila está sujeta,
Con que en posesion quieta
Me juzgo deste hemisferio,
Importa que la ocasion
Evite; que donde está
La paz tan tierna, podrá